

# ORIOl BOHIGAS

PARA BUSCAR LA FELICIDAD EN LA CIUDAD, TAL VEZ DEBAMOS  
SÓLO PENSAR UNA COSA: LA CIUDAD NO ES UN LUGAR IDÍLICO,  
ES UN LUGAR DE CONFLICTOS POSITIVOS Y VITALIZADORES.

NÚRIA ESCUR PERIODISTA



© ANNA BOYÉ



Cuando un arquitecto tiene cabinas telefónicas en su despacho, cuando las cabinas son de un lacerante color púrpura y el arquitecto nos recibe vestido a rayas rojas y blancas, cuando nos ofrece un curioso gesto cómico y luce un peinado al estilo de Beethoven; más todavía, cuando el arquitecto —que además es urbanista— es el presidente de la Fundación Miró, se inicia un proceso sorprendente: ¿Estamos en Nueva York? ¿El gusto por la arquitectura urbana del siglo XX es un fenómeno universal o nacional e intransferible?

Oriol Bohigas tiene ahora 60 años. A los 26, apenas estrenado su título de arquitecto, se asoció profesionalmente con Josep Martorell, iniciando un renovador impulso que sus sucesores no olvidarían. Aquel primer grupo, llamado MBM —Martorell, Bohigas, Mackay—, actuó como un revulsivo en las líneas arquitectónicas del momento. Sólo la losa de unas circunstancias políticas que les angustiaban pudo bloquear y tapiar el intento.

Más tarde, Oriol Bohigas consideró que el “nuevo realismo” era la única posibilidad de continuación del pasado racionalismo. Y no lo ha olvidado. Cuando se comenzó a reformar la Sagrada Familia, Bohigas la habría demolido ya, porque muchas restauraciones le han parecido más horribles que la propia demolición.

Es doctor, catedrático de Composición y director de la Escuela de Arquitectura de Barcelona; ha trabajado también en el Ayuntamiento y, como miembro de la Accademia Nazionale di San Luca, en Roma. Un día se inventó lo que hoy llamamos “plazas duras”, la ciudad amaneció electrostática y los niños, en vez de jugar con arena, lo hacían con cemento. Algunos temieron que Barcelona se convirtiera en la ciudad espacial de los últimos años del siglo —“no queremos la ciudad feliz de Huxley”— mientras Oriol Bohigas, serenamente, se empeñaba en demostrar que las plazas están pavimentadas en todo el mundo.

Ha manifestado, hace muy poco tiempo, que Barcelona le gusta “porque es la ciudad que menos se parece a Madrid”. No es una velada crítica contra el poder central, es una clarísima ofensiva de un arquitecto muy americano que, desde la puerta del ascensor, le echa una mirada

a su negocio: “Parece mentira, tan pequeña como es esta casa y que siempre haya tanto movimiento.”

—Barcelona será sede de los Juegos Olímpicos del año 1992. ¿Qué aspecto ofrecerá Barcelona, entonces, a quienes la visiten?

—Diremos, para comenzar, que cada punto de actuación no sólo se ha elegido por razones deportivas, sino pensando también en el futuro urbanístico de Barcelona, en cómo quedará después. En la parte alta de Montjuïc se instala el anillo olímpico; entre el Poble Nou y el parque de la Ciutadella se instala la Villa Olímpica... Y eso quiere decir que, después de los Juegos, Barcelona tendrá un nuevo barrio abierto al mar.

—¿Qué es lo que más le atrae de este proyecto y lo que usted nunca habría hecho?

—Debo decir que en toda la Villa Olímpica me siento muy participante y, por lo tanto, dispuesto a decir que “inserto en una participación total” porque, cuando estaba en el Ayuntamiento, esa era una hogaza que entonces iba cociéndose lentamente y la he interiorizado ya como un proyecto globalmente acertado.

—Cuando el ciudadano solicita “visualizar” el proyecto quiere que le den una fotografía mental, quiere saber lo que sorprenderá más, lo más espectacular de 1992...

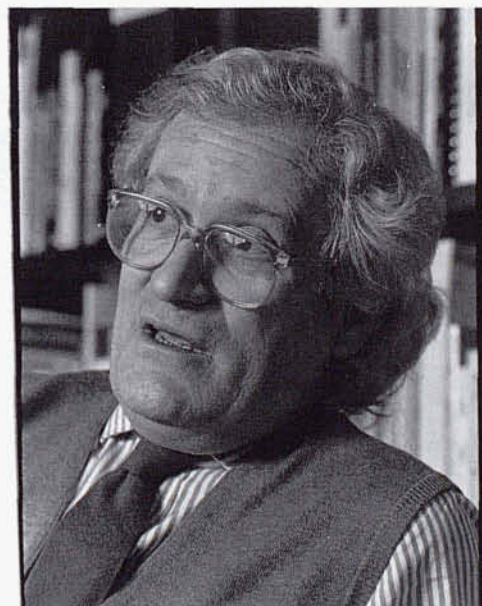
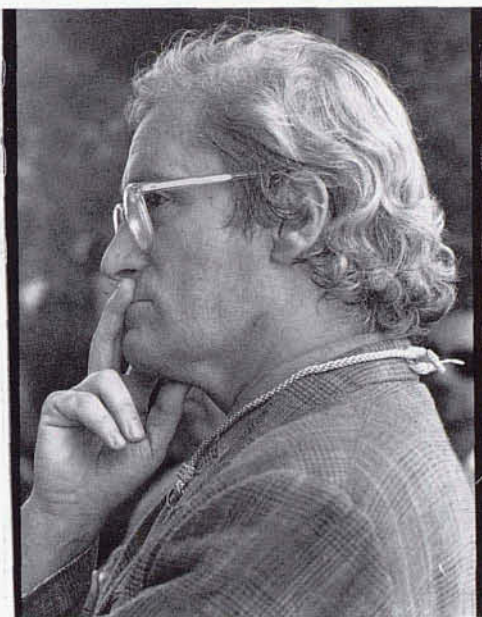
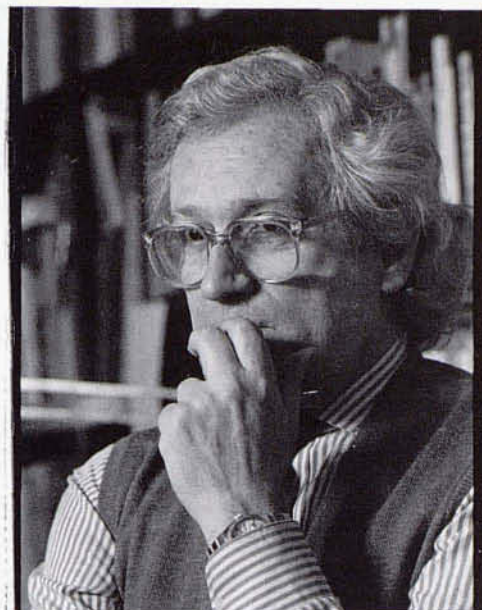
—Probablemente, para Barcelona, será esa nueva salida al mar, que, sin duda, se convertirá, a la larga, en una nueva revitalización de la ciudad vieja.

—Y ya hemos olvidado lo que más le disgusta de la Barcelona Olímpica.

—Lo que menos me gusta es ver que, ahora, la gestión va ligeramente retrasada y me temo que estemos ya en vísperas de comenzar a colocarnos en un camino crítico y, por lo tanto, de tener problemas de realización.

—¿Cuáles son las razones que pueden publicarse?

—Bueno, no las sé, pero es evidente que tenemos poco tiempo, sobre todo porque la voluntad organizadora de estos Juegos es muy ambiciosa, y si la ciudad no hubiera sido tan ambiciosa, si hubiera hecho una cosa más modesta, se habría ido más deprisa, pese a creer que uno de







*los méritos políticos más importantes es haber sido tan ambiciosos y haber conseguido que unos Juegos Olímpicos no sean sólo un acontecimiento deportivo.*

—¿Le parece que, en estos Juegos Olímpicos, decepcionaremos a alguien?

—De momento no lo creo. Tenemos cinco años por delante. Son pocos, realmente, para todo lo que se ha de construir. Pero creo que el problema más grave, el que está ya en un momento crítico, es la Villa Olímpica, porque en ella pueden surgir problemas producidos por los distintos conflictos: obras públicas, pequeños puertos deportivos, cambios en las líneas de la RENFE, infraestructura técnica...

—Todo el mundo ha puesto la vista y el dinero en el objetivo de los Juegos. Pero, ¿cuando terminen... qué? ¿No será muy difícil poner el listón más alto? ¿Cómo quedará la ciudad?

—Por fortuna todas las cosas que cons-

*truimos para los Juegos, todas, tienen una utilización inmediata. En primer lugar, la ciudad necesitaba las instalaciones deportivas. Estaba ya bastante bien equipada, pero tendrá ahora uno de los mejores equipamientos de Europa. El impacto más difícil de digerir será, tal vez, la Villa Olímpica, porque tal como está la ciudad —con cierta euforia económica y de inversión— todas esas viviendas ocuparán la actividad inmobiliaria de los próximos años.*

—Cuando se construye un edificio... ¿hasta dónde debe pensarse en las necesidades de la gente que vive en la ciudad y hasta qué punto deben tenerse en cuenta las de quienes vengán a visitarlos?

—¡Ah, no! Debe pensarse en la gente que vive en la ciudad y basta. No hay más alternativa. La gente que vive en la ciudad vivirá en ella muchos años y los que vengán para los Juegos Olímpicos sólo estarán 15 días.

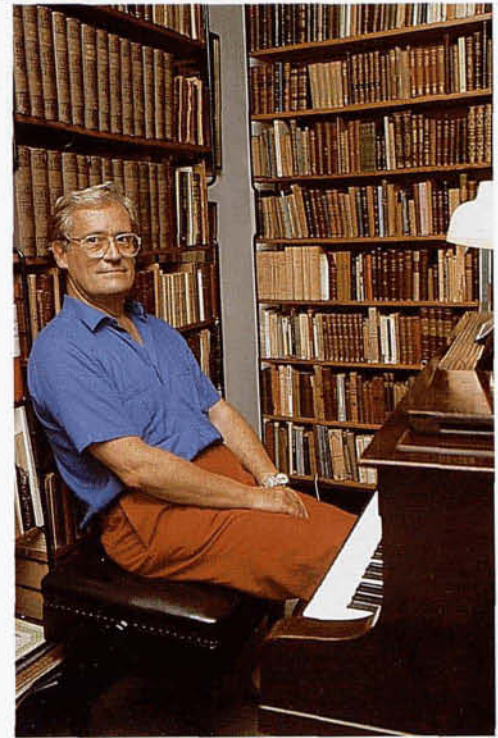
—¿Hemos copiado mucho de otros países, en estos proyectos olímpicos?

—No. Al contrario. La Villa Olímpica no sólo no ha copiado nada sino que se ha hecho por completo distinta a todo lo realizado para los otros Juegos Olímpicos. Normalmente la Villa Olímpica se construye como un barrio fuera de la ciudad, autónomo y sin relación con el interior. Ninguna Villa Olímpica ha supuesto una rehabilitación de los barrios. Siempre se han construido en lugares vírgenes, sin historia y sin precedentes, porque es más fácil y más barato. Por eso nosotros marcaremos un hito único.

—Si tuviera que adjudicar algún adjetivo al estilo arquitectónico y urbanístico de la Barcelona Olímpica, ¿cuál sería?

—Creo que "urbana", muy urbana... Si las cosas salen bien, claro. En vez de hacer un barrio residencial, reconvertimos unos fragmentos de Barcelona.





—Hace ahora un año dijo usted que no creía en ese movimiento de la “postmodernidad”. Fue una muerte anunciada. Parece que hoy estamos ya más adelantados pero en aquel momento era un riesgo criticar algo que todo el mundo reivindicaba. Parece que el tiempo le ha dado la razón.

—Esa llamada “postmodernidad” ha sido un fuego de virutas, y como todos los fuegos de virutas ha durado relativamente poco. Pero eso no significa que no sea cierta una cosa: en la actualidad hay unas posiciones arquitectónicas y urbanísticas distintas a las que adoptó la vanguardia de los años 20 y 30. Es decir, soy contrario a la denominación de “postmodernidad” y al uso intencionado de ese término porque no se trata de ir más allá de la modernidad sino de anclarse en la modernidad, en los términos de corrección que la propia modernidad se autoadjudica. Todo el movimiento del siglo XX tiene una importante capacidad de autocrítica.

—Se ha modificado, por ejemplo, la forma clásica de la ciudad.

—Nuestros maestros de los años 20 y 30 opinaban que la forma de la ciudad antigua debía desaparecer y ser sustituida por los grandes bloques lineales sobre espacios verdes. Todos admitimos que esta idea tuvo utilidad en su momento, pero que ahora no puede funcionar. La ciudad debe tener una forma bastante parecida, bastante, a la ciudad histórica. Naturalmente, eso no puede denominarse “postmodernidad”, puede definirse, como “la interpretación de la tradición con una visión moderna”. Y eso es lo que está sucediendo en Barcelona: queremos hacer una ciudad moderna sin perder el concepto de plaza, de calle, de manzana de casas. No se trata de dejar al margen el episodio de la modernidad.

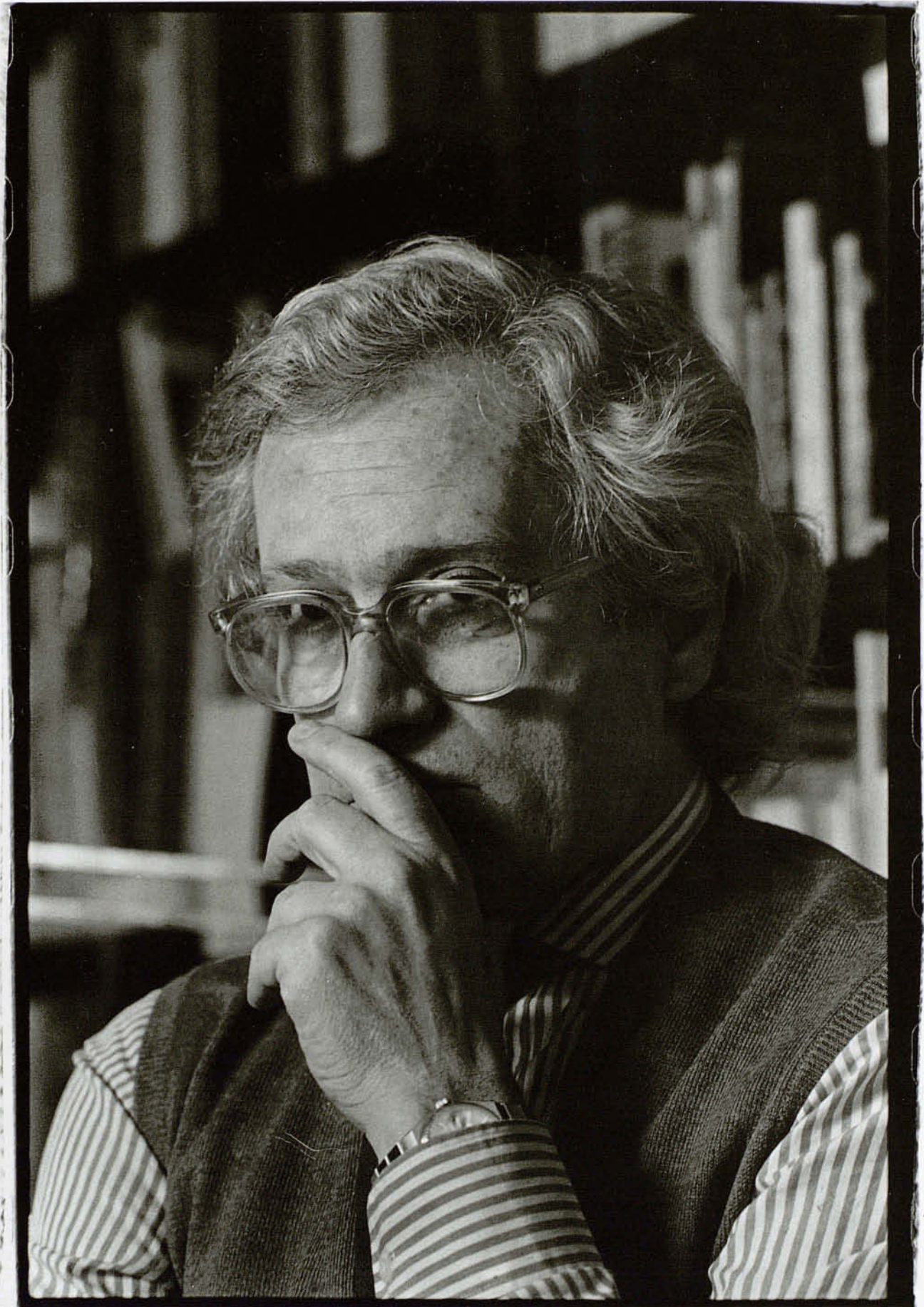
—Pero cuando hablamos de este reencuentro de la forma de ciudad, eso no es válido para todas las ciudades del mundo...

—Claro. Hablamos sólo de las ciudades europeas. Muchas de las ciudades americanas no tienen una forma tradicional. Se han inventado otra o han decidido no tener ninguna, como en el caso de Los Angeles.

—Hay una sociología de la arquitectura, y, tal vez, una psicología. ¿Es cierto eso de “dime dónde vives y te diré quién eres”?

—Hace unos días he estado en Amsterdam, que es una de las ciudades más interesantes y hermosas de Europa, pero tiene, en cambio, una posición del año 35 que es una catástrofe. Se trata de una extensión donde nadie quiere vivir: bloques aislados, con muchos parques, con muchos equipamientos, con servicios programados... Pero, en realidad, la gente sale a la calle y no encuentra calle, sale a la plaza y no encuentra plaza, sale al jardín y encuentra sólo bosques más o menos selváticos. La ciudad ha desaparecido. La gente quiere volver a vivir en





© ANNA BOYE





el centro de Amsterdam, donde están las calles, los canales, el tráfico, los embotellamientos y el conflicto.

—¿Tan fácil es buscar la felicidad en la ciudad?

—Tal vez debamos sólo pensar una cosa: la ciudad no es un lugar idílico, es un lugar de conflictos positivos y vitalizados. Lo hemos descubierto ahora y en los años 30 nadie podía decirlo.

—Ser urbanista o arquitecto, actualmente, debe de ser angustioso...

—Sí, porque cada día hay más cosas que no puedes hacer. Sigue siendo importante que a la casa le toque el sol y que tenga jardín, eso no cambia. Y uno sólo puede intentar ser ecléctico para no abandonar los elementos de confort que el urbanismo moderno había introducido.

—Si ahora le dieran a elegir, ¿qué cargo político desearía?

—Mejor es no pensar en ello, porque la realidad política no es nunca la utopía política; ahora sólo hay dos cargos desde los que se puede hacer una política urbanística importante: una alcaldía cualquiera o un cargo ministerial. Pienso que los cargos de segunda línea tienen poca capacidad de decisión.

—Ciertamente no es un panorama muy alentador para las últimas jornadas de urbanistas y arquitectos. ¿Cómo valora usted la actuación de esas nuevas generaciones?

—No les puedo criticar nada. Soy un entusiasta. Mire, en Cataluña han existido, muy claramente, tres generaciones importantes, y son las que continúan marcando el ritmo. Las tres han reavivado el espíritu de la Escuela de Arquitectura. Y lo digo porque, en este momento, no albergo muchas esperanzas por lo que

se refiere al futuro de la Universidad, pero al menos tenemos que reconocer el esfuerzo. La primera generación aparece entre los años 50 y 55, y yo pertenezco a ella, fuimos los primeros en romper con la tradición franquista y reaccionaria y empalmar con lo moderno. Aquello fue fruto de una primera reacción. La segunda generación coincide con la entrada en la Escuela de Arquitectura de algunos miembros de la primera, gente que cambió la política pedagógica —Lluís Clotet, Oscar Tusquets, Pep Bonet—, gente que tiene ahora entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Y la última generación es fruto de la masiva entrada de buenos profesores en la Escuela, gente que fue expulsada de la Universidad antes de la democracia.

—Es una generación que, como tal, nació hacia el año 80. Muy joven. ¿Hay mucha distancia entre sus planteamientos y los de usted, se reconoce Oriol Bohigas en algunos de estos jóvenes?

—Muchos de ellos han demostrado una validez importante, pero no quiero hacer una lista para no olvidarme alguno. Lo más hermoso es que estas tres generaciones hemos sido mutuamente conflictivas, hemos aceptado cierto magisterio de unos para con otros. Es muy alentador pensar que, en Cataluña, existe una continuidad ideológica y metodológica en arquitectura. Eso no ha ocurrido en otras ciudades.

—¿Habría cambiado mucho su vida si, en vez de ser catalán, hubiera tenido usted otra nacionalidad?

—Sí. Ser norteamericano, en este siglo, supone una cantidad de ventajas económicas y tecnológicas esenciales. Ventajas o diferencias, porque no estoy seguro de que puedan llamarse ventajas. Y en estos momentos ser arquitecto... en Alemania, representa unas posibilidades

que no se tienen en España ni en Italia; en cambio, en los años 50, ser arquitecto en Italia suponía tener ventaja, porque toda la arquitectura de postguerra se generó en Italia.

—¿Cree que un arquitecto, en este lugar del mundo, es un hombre en el desierto?

—Debo decir que, para un arquitecto, este país no ha sido un territorio con facilidades —ni para un arquitecto, ni para un escritor, ni para un músico, ni para...., iba a decir para un futbolista, pero para un futbolista tal vez sí— porque la ruptura del franquismo nos ha dado a todos caracteres negativos.

—Sin embargo, Oriol Bohigas es un nombre conocido en todas partes.

—Porque algunos tenemos la suerte de ser tan mayores que podemos ya trabajar fuera.

—Dígame: ¿los proyectos que está preparando ahora le entusiasman tanto como los primeros?

—Nosotros, ahora, estamos haciendo dos cosas, en Cataluña, que nos ilusionan mucho porque, en un futuro, serán un modelo: una gran "manzana de casas" en Mollet y otra en la Barceloneta. Este tipo de nuevas "manzanas de casas" lo estamos aplicando en Berlín y Turín.

—Y en Nápoles están haciendo una plaza acuática...

—Una plaza convertida, prácticamente toda, en lago y piscina y que es la repetición de lo que hemos hecho aquí con un parque, el de la Creueta del Coll. Lo de Nápoles no sé hasta qué punto podrá realizarse, porque los italianos gastan siempre mucho tiempo y mucho dinero en las utopías de los proyectos, pero muy poco en las realidades. ■